

cosas al levantar al cielo sus miradas, y sin embargo las distingue y percibe perfectamente, en cuanto inclina la cabeza á la tierra.

¡Ay de los espíritus altaneros que no logren convencerse de ello! Con frecuencia empiezan por la curiosidad; mas la investigacion impaciente de la verdad, que prescinde de la impotencia de la inteligencia, truécase brevemente en ambicion desenfrenada. Se jacta de suprimir los límites puestos á la razon; se aspira á la luz desprovista de brumas que no se pueden disipar. Es la desesperacion del orgullo engañado.

¡Por lo demás, cuanto dejamos dicho, manifestósele substancialmente el Maestro á las fariseos. "¿Cómo es posible que podais creer, vosotros que aspirais á la gloria que os prestais los unos á los otros, y no á la gloria que procede únicamente de Dios?" (1)

(1) San Juan, 5 44.

CAPITULO III.

DE LA PASION DE LOS INTERESES MATERIALES CON RELACION Á LA FE.

Un mal hay en la tierra, por cierto harto frecuente entre los hombres; me refiero al mortal á quien ha concedido Dios el beneficio de las riquezas y que no sabe hacer uso de ellas: es esta una vanidad y una gran miseria (1). Hé aquí la cuestion del dinero establecida hace ya muchos años.

Si, solo por ignorancia ó por falta de atencion puede ser considerada como cosa nueva la codi-

(1) Ecles., 5 2.

cia. Hace ya muchos siglos que el rey Midas, simbolizando las tendencias de nuestra especie, respecto del particular, solicitaba de los dioses que convirtieran en oro cuanto él tocara: que Virgilio deploraba como una de las pasiones más desastrosas el *sacrilego amor* á las riquezas, y que la edad media, guiada por los tenues respaldadores de las ciencias ocultas, pretendía descubrir en los laboratorios del alquimista el secreto de la piedra filosofal. Sin embargo, nuestra época se caracteriza por relaciones más íntimas con el *Mammon de iniquidad*. Hoy la pasión del lujo es una fiebre devoradora que alcanza á todas las clases sociales; el Edén de las públicas esperanzas es una tierra bañada por el Pactolo; y en tanto que cada siglo tiene un movimiento principal que indica el sentido de su marcha, el nuestro se ha visto sorprendido en una dirección vergonzosa: nuestros abuelos marchaban á la Cruzada; sus descendientes emprenden el camino de California. Dos peregrinaciones que conducen á altares bien distintos!

El amor desordenado al dinero, desarrolla la ciencia de adquirirlo y esto nos explica el porqué de haberse convertido en el siglo de la industria, el siglo de la codicia. Léjos de nosotros la idea de preferir acusaciones añejas contra las

inegables grandezas de la época presente; pues sobre ser una verdadera insensatez atacar la luz en nombre de Dios que es el sol, la fé no tiene motivo alguno razonable que oponer á los progresos de la ciencia, por lo mismo que todos los progresos dimanán del Evangelio, siquiera hayan aparecido más tarde, aconteciendo con esto lo que con los rayos de luz de ciertos astros, que solo llegan á nuestro horizonte millares de siglos despues de haber brotado de su foco.

Más si saludamos todos los progresos, es únicamente con la condicion de que el de las almas no se halle en razon inversa de los demás y la industria no rompa equilibrios sublimes, concediendo á los intereses materiales una primacia que corresponde exclusivamente á las virtudes. Ahora bien, ¿puede desconocerse que las preocupaciones materiales, ora se las considere como amor desordenado á las riquezas, ora se las contemple como abuso en los medios de realizar una fortuna, ejercen una influencia mal sana relativamente á las convicciones religiosas? Vamos á contestar á esta pregunta extendiendo nuestro campo de exploracion desde el corazon del individuo al de las naciones.

Existen relaciones lógicas entre las pasiones del oro y la incredulidad. Júdas entregando á

su Maestro por treinta dineros, constituye al par una figura histórica y un símbolo destinado à enseñarnos que la avaricia es esencialmente madre de la apostasía. Es tan radical el antagonismo entre Dios y el culto al dinero, que según el oráculo evangélico, *Non potestis servire Deo et Mammonæ* no pueden subsistir simultáneamente en un corazón (1). No hay para qué sorprenderse: de cuantas afecciones sentimos, ninguna como esta aleja más nuestro de Dios. El orgullo es el amor à la gloria; la voluptuosidad es el amor à los goces de la materia, la codicia es el amor al polvo. En virtud del primero de dichos amores, el hombre se adora à sí mismo; por el segundo adora à la carne; gracias al tercero adora à un vil metal. En el objeto de sus ensueños orgullosos ó sensuales, palpita si quiera la vida; más, qué hay sino lodo y miseria en el fondo de su codicia material? Convengamos en que es la más abyecta de todas las idolatrías.

Esta correlacion entre la investigacion calenturienta del lucro, y la negacion de todo principio, no es en manera alguna una imaginacion

(1) San Mateo, 6 24.

de la apologética, es un hecho popular puesto en el día de relieve por los autores dramáticos como verdad de sentido comun. Los Don Juan de la expectulacion que conocemos bajo los nombres de Mercadet, Vautrin, etc. etc., rivalizan en impiedad, en el teatro, con los Don Juan de la erápula y la disipacion. Lo que designa nuestro siglo con el dictado de hombres positivos, expresa generalmente la antitesis del hombre fé. A los ojos de esos escépticos la sabiduría por excelencia, es el egoismo que ve sus títulos nobiliarios en una cartera repleta de billetes de banco, su corazón en una arca de hierro, su Dios en su vientre, y que estableciéndose sobre el pedestal de la prudencia económica, aprecia el honor, el sentimiento, el deber y las más santas creencias, en razon del tanto por ciento que reditúan.

Tal es el hecho; no cabe negarlo siendo por otra parte muy sencilla su explicacion. La pasion de los intereses materiales concentrando en la tierra todas las afecciones del hombre, no tarda mucho en cerrarle todos los horizontes que miran al cielo, convirtiéndose en el cambio del otro mundo por este y en la negacion implicita de las verdades eternas por una afeccion desordenada de las cosas temporales. Véase ahora la

perturbacion que ha llevado al campo de la idas.

Un dia, á fin de que se le oyera desde más léjos, subió Jesus á las colinas de Galilea y desde ellas exclamó: ¡Bienaventurados los pobres pues de ellos es el reino de los cielos! En tanto vivieron nuestros padres dominados por tan grata esperanza, disfrutaron dias felicísimos y hasta se juzgaron dichosos en este destierro: contemplaba la tierra como un lugar de tránsito, no como una patria; llevaban á sus moradas casas de hospedaje; á la vida peregrinacion; emigracion á la muerte y no viendo en la tierra ciudad de permanencia, *creían* porque *esperaban*.

Al presente Satán ha proclamado tambien sus beatitudes, y levantado su cátedra en frente de la de Jesucristo; y en tanto que por una parte se decia: Bienaventurados los pobres, él, echando mano de todos los medios que el socialismo contemporáneo le proporciona ha osado gritar: ¡Bienaventurados los que poseen en la tierra por que el cielo es un misterio impenetrable y acaso acaso una mistificacion! Bajo el encanto seductor y maldecido de tan atroz blasfemia, nuestro valle de lágrimas se ha matizado con los tintes mas mas seductores: los visiumbres que lo enlazaban á la eternidad, como un pórti-

co á su templo, hánse oscurecido por completo y el hombre ha sacrificado su porvenir á la adhesion pagana á los bienes percederos. A hora bien, la abdicacion de esperanzas futuras es una blasfemia radical que implica casi todas las demás y es el amor exclusivo á las felicidades de la tierra que lo produce.

Estudiemos pues esta pasion, no tanto en sí misma como en el trabajo social que ha organizado á fin proporcionarse el logro de sus aspiraciones. Y al hablar de esta suerte entiéndase que no me refiero á la industria, es decir, al movimiento legítimo hácia el bien estar; sino al exceso que se conoce con el nombre de industrialismo.

Existen muchos puntos de contacto entre semejante enfermedad la incredulidad. La fé de las naciones depende en gran parte del espiritualismo de sus ideas, de la elevacion de su inteligencia, de la austeridad de sus costumbres, y de la dignidad de sus hábitos é incilnaciones, grandezas tutelares que el culto de los intereses materiales rebaja en detrimento de las creencias.

Consignemos desde luego, que el espiritualismo de las ideas está siempre comprometido por el materialismo de las preocupaciones públicas.

La historia nos ofrece el testimonio de las relaciones íntimas existentes entre ambos extremos.

Hasta principios del siglo décimo octavo, el espíritu humano partió siempre en sus investigaciones, del dogma de Dios y del del alma, gracias à estas dos ideas, que en él oficio de alas, pudo remontarse à las más elevadas esferas; mas al alborar dicho siglo establecióse un vasto sistema experimentacion, que rechazando esos apoyos tradicionales, consideró los sentidos como la brújula más perfecta de que podia disponer la inteligencia para comprobar sus conocimientos. ¿Qué resultó de semejante revolucion? Que convertidos los sentidos en antorchas del pensamiento, sólo pensaron en trabajar por su propia cuenta. Los espiritus emprendedores que hasta aquel punto se dirijieron hácia los cielos, prefirieron profundizar en las entrañas de la tierra: el globo puesto en el alambique, si así cabe decirlo, dió de sí, bajo la precion de la mano del hombre todos los placeres que aun tenia ocultos en sus profundidades; y por último la impaciencia de gozar creó el arte de enriquecerse, que es el único medio de proporcionarse placeres, ya que el oro y la plata carecen de precio por sí mismos, y no tienen más valor que el que les dà el ser la representacion tangible de dichos placeres. De

aquí el conjunto de esfuerzos y descubrimientos, de grandeza y de miseria que conocemos con el nombre de industrialismo.

¿Debe sorprendernos que habiendo salido de las últimas capas del mundo ese peligroso invasor, encamine à ellas el pensamiento humano? Enjendròle indudablemente el materialismo filosófico; mas él en cambio, produjo à su vez el materialismo práctico.

¡Cuántos son al presente los industriales que, completamente sumergidos en el lodo de donde sacan sus riquezas, imaginan mero sueño las realidades impalpables! Mas semejante estado de degradacion nos explica perfectamente un fenómeno que es en ellos por demás frecuente. Viene la filosofía y les dice: «sois dioses» y lo creen à pié juntillas; más luego viene de nuevo para decirles: «sois brutos, sois animales» y todavía lo creen más. Fácilmente convierten hasta los mismos placeres del espíritu en borracheras poco favorables à la fé. Su ciencia por ejemplo, debiera ser una especie de teología física, un himno dirigido por la razon à Dios, al través de los inmensos laboratorios de la naturaleza: pues bien, esos industriales la han convertido en instrumento de sus concupiscencias y en proveedor de sus vicios. La literatura debiera ser una

elevacion del espíritu público hacia las fuentes de lo bello, valiéndose del arte de bien pensar y bien decir: pues bien, esas gentes la han convertido unas veces en mina de oro, otras en fermento de sensualismo. La pintura, la escultura debieran ser reflejo vivo de la divina belleza, lanzada por la inspiracion sobre los contornos de la materia: pues bien, en sus manos háse convertido en descarada exhibicion del desnudo, en manifestacion torpísima del realismo más grosero, con el exclusivo propósito de fijar la atencion de los aficionados cuyo sagrado fuego háse refugiado á los sentidos. En una palabra, todo se materializa, hasta la inteligencia, y sus diversas aptitudes apénas si son otra cosa que instrumentos de placer físico, manejados por un siglo de epicureismo, en provecho de sus pasiones más groseras.

¡Consecuencias todas desastrosas para la fé! Porque siendo Dios espíritu puro, cuanto más domina la materia en el pensamiento humano, tanto más se reduce la parte correspondiente á Dios.

Después de haber corrompido el espiritualismo de las ideas, el cáncer del oro tiende á rebajar el nivel de las inteligencias, efecto naturalísimo y por tanto de muy sencilla concepcion.

Así como en la naturaleza existen dos substancias genéricas, que son el espíritu y la materia, en los movimientos del pensamiento existen dos direcciones: las ciencias espirituales que tratan las cosas del alma, y las ciencias naturales que exploran los fenómenos de la materia. Esas dos esferas científicas se mueven como los platillos de una balanza puesto que jamás suben al par. En el punto y hora en que adquieren marcado predominio los estudios físicos, descienden proporcionalmente los literarios, filosóficos y morales. Ahora bien: el amor al oro ha roto el equilibrio de las facultades humanas sustrayendo las fuerzas á las grandes especulaciones intelectuales, para emplearlas en los cálculos materiales; y como la verdadera luz del mundo no es la que brota del fogon de una locomotora ó de un horno de fundicion, resulta de aquí que llega un momento en que los pueblos industriales imaginan avanzar porque se mueven, siendo así que su movimiento más bien que de avance es de retroceso.

Ni exageramos, ni ocultamos la verdad. ¿En qué consiste nuestra filosofia? Ante todo, en la historia, en la solucion de las invenciones de otros tiempos. Y esto es tan cierto, que la doctrina contemporánea no ha encontrado una pa-

labra para bautizarla: bajo su noción más acreditada, vióse en la precision de llamarse eclectismo, que vale tanto como decir eleccion ó miscelánea; en suma, negacion de la originalidad. ¿A qué se reduce nuestra poesia? No cabe desconocer que nuestro siglo, tuvo al nacer todas las condiciones apetecibles para ser, andando el tiempo, un bardo inspiradísimo, ya que su cura se mecía entre ruinas, y al abrir á la luz del dia las miradas de la inteligencia, solo pudo distinguir dramas horribles, escenas de desolacion. Téngase en cuenta, además, que para intérpretes de sus emociones pudo contar con tres géneos privilegiados. Por desgracia, apénas habian entonado su primer canto, cuando se percibió el estridente silbar de las máquinas, y ánte tan desapacible armonía, ó bien huyeron asustadas las musas para evitar el rumor que las desgarraba el alma, ó convertidas en bacantes, entonaron himnos lúbricos para no desentonar en medio del unísono general: ¿Qué es nuestra arquitectura? Un plagio inteligente, una resurreccion apropiada de las bellas creaciones de la edad media. Por último, ¿qué es nuestra literatura? Injustos seríamos si le negáramos sus ragos brillantes, su vigor de colorido; mas esta exuberancia de vegetacion en el follage, ha impedido

su desarrollo y crecimiento, y alcanzada en semejante situacion por la epidemia del tiempo, convirtióse en industrial y descendió hasta el mercantilismo.

El resultado de semejante accion ejercida sobre el espíritu, no puede en manera alguna ser benefícosa para el Evangelio: toda mutilacion de la inteligencia humana en el mundo debe producir, como consecuencia, un obscurecimiento proporcionado á la fé. Mas, por desgracia, la ciencia de los intereses materiales ha prescindido de una fuente de luz por demás importante, la metafísica: y en consecuencia, le han sido arrebataadas las más elevadas instituciones del pensamiento, y ha resultado obstruida la abertura principal por cuyo medio la mirada de la humanidad se fijaba en lo perteneciente á las cosas divinas.

Al propio tiempo el órden moral se halla infestado por el vicio, en cuyos efectos nos estamos ocupando. Esta decadencia empieza ordinariamente en el vértigo de un orgullo que tiene su sello especial. El hombre más satisfecho de sí mismo y que más dispuesto se siente á demostrarlo es el advenedizo, es decir, el que de la nada ha llegado al colmo de la posicion social. Por esta misma razon, no hay época más

infatuada de sí misma que un siglo poblado de hombres que se han enriquecido merced á su ingenio. En semejante situacion se ponen en tela de juicio los milagros obrados por Dios; pero, en cambio, se ensalzan hasta las nubes los que resultan del agiotage y de las combinaciones habilidosas. El labrador que ha menester para sus tierras el beneficio del rocío celeste, dirige al cielo sus miradas; mas aquel que somete la fuerza de sus máquinas al capricho de su voluntad, y al par posee los secretos del alza y baja de la bolsa, abraza la íntima persuasion de que puede pasarse muy bien de Dios. Hay más aun, no satisfecho con negarlo, se coloca en su lugar, y de este panteísmo práctico, de esta opinion exagerada de sí mismo, concebida por una generacion de cortos alcances, pueden resultar todos los delirios y todas las negaciones.

La desmoralizacion que comienza por el orgullo, continúa por el refinamiento del lujo. En cuanto el hombre se ha proclamado dios, es indispensable alojar al nuevo Júpiter del modo debido á su alto rango. Los simples mortales, establecen su morada en las casas particulares; los magnates, viven en sus casas señoriales; los reyes en los palacios; más el unico palacio que corresponde á la residencia de un dios es un pa-

raíso, y el industrialismo ha puesto manos á la obra con el propósito de llevar á cabo esta construccion gigantesca. Cuando Neron hubo recibido el incienso de los dioses, extendió su mansion desde el Palatino al Celio, y del Celio al Esquilino: su inmensa Casa de Oro cubria tres montañas, enlazadas entre sí por medio de galerías aéreas y subterráneas, y como el Apolo de farsa se considerase aun oprimido en medio de tantas magnificencias, estableció en el Vaticano jardines inmensos, y en todas partes quintas deliciosas, en términos, que á haber vivido diez años más, no habria el imperio entero bastado á contentar la importancia imbecil y cruel de esta divinidad.

Pues de la propia suerte, cuando el hombre ha sido consagrado dios del universo, es indispensable que el universo sea trocado en santuario lleno de dorados y esculturas á fin de que le ofrezca digna morada; y el industrialismo es el que toma á su cargo semejante decoracion. Gracias á los modernos inventos, el Oriente puede servir al nuevo dios de habitacion de invierno, y el Occidente de morada de verano. El Norte no dista más del Mediodía que su quinta de recreo de su ciudad natal: los mares hanse trocado en lagos placenteros que embellecen su real,

residencia; y hasta el rayo, que en otro tiempo constituía el emblema de la divinidad, convertido hoy en dócil mensajero del hombre, transmite sus órdenes de uno á otro continente, y la naturaleza entera se vé atormentada, para convertir en Olimpo deslumbrante, el que es valle de oscuridad y dolor.

En semejante situación, vense en los países visitados por ese mentido progreso, banquetes sibaríticos que recuerdan las orgías de Lóculo; príncipes de la banca que levantan palacios de recreo y parques magníficos cuya suntuosidad eclipsa á la de los monarcas; bailarinas y cantatrices que reciben ovaciones y recompensas mayores que los generales que han salvado la patria, y esplendideces corruptuosas en las cuales brilla Dios por su ausencia, y cuyo lujo babilónico suele preceder muy de cerca á las más torpes apostasías.

No se crea, sin embargo, que sea el lujo el último término de la decadencia: la corrupción es lo que ha de consumir su ruina. Convenimos en que el lujo no constituye por sí mismo el vicio; pero lo enjendra, lo produce, y si bien es verdad que arroja sus vestimentas de púrpura y oro sobre las espaldas de las naciones, no debe perderse de vista que esto no son más que

presentes insidiosos, empleados por un seductor experimentado, para mejor fascinar y corromper despues, á las víctimas que hayan caído en sus redes. ¿Es necesario ser filósofo para sentar que el oro enjendra la corrupción? No, los pueblos son como los jóvenes: cuanto más tienen que gastar, más se pervierten. El placer es el lujo de la vida que más caro cuesta; y en tanto que la Providencia dispone las cosas de manera que el hombre pueda comer el pan á bajo precio, hace de ciertas sensualidades una especie de satisfacción que solo se halla al alcance de las fortunas más elevadas.

¿Y se concibe que el hombre pueda descender hasta este extremo, sin que resulte perjudicada la fe? No, sus creencias jamás serán independientes de sus costumbres. Hé ahí la razón de haber producido el oro, entre nosotros, más materialistas que todas las escuelas de filosofía positivista.

Finalmente, puede distinguirse cierto aire de dignidad en las costumbres de aquellos estados cuya conservación es favorable á la fé, y cuya pérdida las arroja á la pendiente de la incredulidad. El industrialismo opera en nuestras costumbres esta transformación destructora, substituyendo á un pueblo agrícola un pueblo indus-

trial, á un pueblo soldado un pueblo mercantil, á un pueblo trabajador un pueblo jugador.

Con la cuestion agrícola hállanse íntimamente enlazados los intereses divinos. La despoblacion de los campos en provecho de las ciudades, ocasionada por el deseo de enriquecerse, con ser muy funesta para la fecundidad de la tierra, lo es más todavía para la solidez de las creencias. El hombre debe atender al cultivo del campo que proporciona pan á sus hijos, y á la conservacion del padre anciano de quien aprendió las labores de la tierra, hállase alistado, en fuerza de una violencia santa de la naturaleza, en el gran partido de los que adoran: en cambio, el obrero que no tiene nada que le una al suelo, que carece de iglesia y de hogar, está siempre dispuesto á formar en las filas de la anarquía y de la impiedad. Imposible es contemplar, sin que el alma se entristezca, esas desordenadas emigraciones de trabajadores. Aléjanse cantando del techo paternal que ántes solo se abandonaba con lágrimas en los ojos, á la esperanza de un lucro muchas veces insignificante, sacrifican casi siempre, durante la mitad de su existencia, el encanto inefable del campanario que les vió nacer, y de la cuna en que durante sus primeros años fueron mecidos. Mientras permanecieron

en el campo: sus sentidos todos les hablaban de Dios, porque la naturaleza es un templo en cuyo frontispicio se lee el nombre de su autor: debajo de las bóvedas espléndidas del firmamento, el hombre se siente dominado por el sentimiento religioso, como si se hallara en el interior de un santuario; en cambio, en los antros de la industria, encorvado el hombre sobre su trabajo, no contempla la obra de Dios, y acaba por olvidar á la creacion y al Autor de la misma. ¡Qué diferencia entre ese agricultor de costumbres patriarcales que jamás entró en sus barbechos sin hacer el signo de la cruz, y que no dejó pasar un solo día festivo sin pedir desde el pie de los altares la bendicion del suelo para sus cosechas, y esas máquinas vivientes de nuestras manufacturas, que ni accion tienen para interrumpirse en su tarea, siquiera sea para postrarse un momento de hijos!

Debe reconocerse también que si la pasión del oro al sacar á los hombres del suelo en que nacieron les quita la fé, en cambio no les proporciona la felicidad. El Edén terrestre no se encuentra en las fábricas sino en las cabañas. Cuando en las vertientes del Apenino ó de los Pirineos me ha sido dable contemplar un valle silencioso que fertilizan las aguas de mano ar-

rolluelo y emballesen espesos bosques bajo cuya sombra dá gracias á Dios el fatigado segador, no he podido ménos que decirme: ¡Serà posible encontrar en otra parte el progreso, cuando aquí se encuentran unidas la paz y la virtud? *O fortunatus nimium!*

Tambien contribuye á alejar de la fé á los pueblos el convertirles en mercaderes habiendo nacido soldados. Es esta una nueva consecuencia del industrialismo contemporáneo. Preguntad á nuestros padres qué es lo que eleva las naciones, y á una voz os contestarán: la justicia. Digid idéntica pregunta á los escépticos de nuestros dias, y os dirán: los presupuestos crecidos y los grandes ejércitos. Preguntades á los hombres de Dios en qué consiste el arte de gobernar, y os dirán: En conducir á nuestros semejantes por el camino del bien, administrando paternalmente sus intereses. Preguntádselo á los hombres de negocios y os contestarán: en aplicar las fuerzas todas del espíritu humano al estudio de los números y de los cuatro elementos, á fin de satisfacer todas las concupiscencias. Dominado por esas preocupaciones populares el espíritu público, no busca el termómetro de la prosperidad y el bienestar en las virtudes de las naciones, sino en el estado de la bolsa, y el re-

sultado de todo esto el eclipse y desaparicion de los principios, la ridiculizacion de los derechos, y el acostumbrarse los pueblos del mismo modo que sus señores, á no prestar fé á nada más que á sus intereses materiales.

Espectáculo singular é inconsecuencia no ménos sorprendente. Ya que nosotros, franceses, somos tales cuales Dios nos ha hecho, ¿qué necesidad tenemos de cambiar? Es menester decirlo, sin que por esto se menoscabe en lo más mínimo ninguno de los progresos de la época, y hasta es conveniente recordar que las sociedades mercantiles, han estado siempre expuestas á grandes riesgos, cual les acontece á las casas de comercio. Tyro desapareció como brillante fantasma bajo las olas del mar fenicio que bañaba sus plantas; los dias más grandes de Roma no fueron en manera alguna aquellos en que los libertos paseaban en carros de marfil, su desdichada juventud dorada, sino aquellos otros en que Cincinnato, despues de diez y seis dias de dictadura, volvía á sus tareas agrícolas para extirpar las malas yerbas que verdeaban nuevamente en sus campos. La causa principal de nuestras ventajas sobre Inglaterra consiste en que los descendientes de Guillermo el Conquistador se han convertido en negociantes, en tanto que noso-

tros hemos continuado siendo soldados. Finalmente, si en 1830 la Francia como antiguamente la patria de Scipion, hubiese encontrado montones de oro bajo las ruinas de Cartago, la conquista del Africa no habria sido para ella otra cosa más que un suicidio glorioso; y despues de haber absorbido sus riquezas, la segunda Roma, del mismo modo que la primera, se habria extinguido en medio de convulsiones dolorosas, parecida á un conquistador envenenado. Sueñen otras en buena hora con colonias y factorías; para la fé de Francia vale mucho más esta espada invencible que nunca sale de la vaina sin que el mundo se estremezca! Muchos son los campos de batalla que han presenciado en otro tiempo la alianza de la cruz con esta espada que dista mucho de estar próxima á romperse; en tanto que el génio del comercio es indiferente á las cuestiones religiosos. El Dios de los ejércitos es bien conocido: al de la industria nadie le conoce.

Finalmente, todavía hay algo peor que un pueblo comerciante y este algo es un pueblo jugador. El amor al dinero ha introducido esta vergüenza en nuestras costumbres y casi podríamos añadir en nuestras instituciones. Realizar una fortuna por medio del trabajo ó de la

capacidad, constituye para el hombre, con razon, una honrosa victoria; más fiar al acaso su realizacion, y aprovecharse de esta suerte que no supone ni talento ni valor, es más bien tener fortuna que merecerla. Y sin embargo, el mundo contemporáneo casi no es otra cosa que un inmenso laboratorio y un garito: un laboratorio en cuanto los aduquimistas de la ciencia, ponen en el alambique la creacion entera para sacar las pajitas de oro que existen en sus entrañas; un garito en cuanto alquimistas de otra especie ponen todas las probabilldades del porvenir en una urna aleatoria para ganar el oro de los acontecimientos imprevistos. Antiguamente se deseaba conocer el mañana para saber si podia el alma contar con él; al presente se le consulta para saber si conviene vender ó comprar consolidado ó acciones de ferrocarriles. No hay eventualidad sobre la cual no hayan basado sus cálculos los jugadores, ni vicisitud pública que no haya sido fundamento de apuesta. Hombres hay para quienes una revolucion no es más que un golpe de dados; una batalla, una operacion de bolsa; y á la vispera de esos dias decisivos para la suerte de la patria, todo aquel que juega á la baja se pasa con el deseo al campo enemigo, por la razon sencillísima de haber levantado ea-

peranzas hipotéticas en las desgracias de su patria.

Desórden no ménos perjudicial à las creencias religiosas que à la dignidad nacional. No hay cosa alguna que más fácilmente acostumbre à las masas à negar la Providencia, que los resultados fabulosos de la especulacion. Lo que mas excita las concupiscencias de las masas, no son esas fortunas que se amontonaron con el transcurso del tiempo y à fuerza de constancia, trabajo y economía, sino el éxito inmerecido de la lotería, del agiotaje y del negocio. Ante el espectáculo de esas fortunas maravillosas que desaparecen con la misma rapidez con que se improvisaron, semejantes à aparatosa decoracion de comedia de magia, pónense tirantes los resortes de la atencion pública; desátanse las ambiciones; disminuye la parte que corresponde à Dios en el gobierno del mundo y el hombre cree únicamente en el poder de sus cálculos.

La conclusion de todo lo dicho no ha de ser en manera alguna un anatema sin fundamento contra todos los progresos económicos de nuestra época, sino una dirigida à las almas inmortales para recordarles que las cuestiones de bien estar, vienen en pos de los principios, y que el desarrollo anormal de las unas, es un obstáculo

insuperable para el desenvolvimiento de los otros. Motivo de profunda meditacion para todo aquel que estime à su país, son las siguientes palabras del libro sagrado: *Las casas muy ricas serán derribadas por el orgullo* (1). Jamás se ha oido decir que un pueblo haya perecido à consecuencia de su pobreza: en cambio seria muy extenso el catálogo necrológico que podria formarse con los nombres de aquellos cuyas riquezas fueron causa de que su fé y sus costumbres se corrompieran completamente. Desgraciada la nacion que se encuentra en este caso, pues ora se llama Tyro, ora se apellide Albien; sea célebre por su comercio ó por sus flotas; no ha de ver transcurrido mucho tiempo sin que el viento que infla las velas de sus navios lleve à sus oidos estas palabras del Profeta impregnadas de sangrienta ironía: «Gemid buques del mar, porque vuestra fuerza está próxima à desaparecer, gemid buques de la mar, porque vuestra metrópoli está próxima à ser sepultada en sus propias ruinas. ¿Quién hubiese podido imaginar tal cosa de esta Tyro que un dia ciñó corona, y cuyos negociantes eran príncipes» (2)?

(1)
(2)

Al llegar á este punto ruego al lector que inquiere de sí mismo si las repugnancias que siente respecto de las cosas divinas, procede de hallarse por demás adherido á los intereses de este mundo, es decir, de estar envuelto en la red, de sentirse fatigado por la influencia de los intereses materiales. ¡Cuántos son los hombres á quienes para salir del bajo nivel en que se arrastran sus ideas religiosas, bastarian con que llegaran con menos frecuencia á sus odidos los rumores de la Bolsa, y con alguna más, los sermones del cura de su parroquia!

CAPITULO IV.

LOS RESENTIMIENTOS PRIVADOS Ó POLÍTICOS PREDISPONEN Á LA NEGACION.

¿Qué relacion puede existir entre la incredulidad y la falta de amor al prójimo? De improviso el espíritu no puede comprenderlo; pero la experiencia revela que el hombre sigue más fácilmente la lógica de las pasiones que la de sus ideas. Toda desviacion de su facultad simpática, en particular, corresponde á un desvío proporcionado de su juicio. Mucho se ha hablado de la ceguedad á que conduce el amor: el odio pone tambien una venda en los ojos, tan espesa por desgracia, que puede impedir el que se distingan los cielos.

Por lo mismo que *Dios es amor*, todo aquel que odia se separa de Dios en virtud de una oposicion íntima que se transmite á veces del corazon al espíritu. San Juan ha expresado el mismo pensamiento, valiéndose de las palabras que hemos citado repetidas veces porque en las mismas se encierran variadas instrucciones: *El que no ama no conoce á Dios* (1). Ley sublime en virtud de la cual Dios se digna identificar en nosotros su causa con la de su criatura, en términos de ocultarse á veces á la vista del que le odia en su imágen. Es la cólera legítima de Teodosio contra aquellos que habian insultado sus estátuas.

Consignemos, sin embargo, en honra del corazon, que el hombre se vé más fácilmente arrastrado á la incredulidad por los extravíos del amor, que por los del odio. No se crea sin embargo que por ser ménos extendida la segunda de esas causas, sea ménos eficaz; pues lo mismo en la modesta esfera de la vida privada, que en la más elevada de la vida pública, encuéntrense numerosos espíritus que se apartaron de la verdad á consecuencia de repulsiones del sentimien-

(1) San Juan, carta I, cap. 16.

to mal dirigido. La voluptuosidad es una corrupcion de la simpatía, la animosidad es su muerte: estados ambos contrarios al orden, y que colocan al hombre, respecto de la verdad, en una de esas situaciones difíciles en las cuales no puede ver los objetos como son, por la sencilla razon de que los vé torcidamente.

A veces el resentimiento que engendra la incredulidad toma la forma de un escándalo farisaico. Un dia un hombre que abriga mucha hiel en el corazon y poca elevacion en las ideas, se siente herido por otro que, en un grado cualquiera representa la verdad. Esta herida emponzoñada por la reflexion, turba fácilmente la razon de aquel que la recibe, á la manera que un virus morboso al difundirse por la sangre altera la vista. El herido establece una solidaridad injusta entre la verdad y la mano que le infiere golpes dolorosos. En vano su razon protesta: la susceptibilidad herida se antepone á la razon y la arrastra y de la antipatía que inspira un enemigo religioso, se pasa á negar la religion.

Indudablemente se experimenta una satisfaccion en cargar en la cuenta de su juicio las represalias llevadas á cabo por el odio. Puede suceder tambien que después de haber repetido

frecuentemente una blasfemia, se persevera en ellas como una especie de imparcialidad aparente porque en nuestro afianzamiento en el mal acontece lo propio que con nuestra fuerza para el bien. «El valor que se ha tenido forma la mejor parte del que se tiene (1).» Más en el fondo, la pasión es la causa oculta de la incredulidad de ese hombre; para él la palabra más incomprendible del deber es la siguiente: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, de manera que partiendo de este punto, la obscuridad se ha difundido por todo el Evangelio.

Y sin embargo los agrabios, reales ó imaginarios, inferidos por un sacerdote ó un devoto á un incrédulo, prueban precisamente todo lo contrario de lo que este pretende sostener. Si todos los ministros de la religión fuesen santos, ó cuando ménos personas eminentes, habria motivo para deducir que se ha salvado mediante sus esfuerzos; mas como á veces la representan personas de escasas luces, habiéndolas además que nada tienen de dignas, ha de comprenderse que para salvarse se basta á sí misma, puesto

(1) Mme. Swetchina, Pensamientos.

que lo consigue á pesar de esos inconvenientes. Sabemos que existen espíritus superficiales que niegan la santidad de la Iglesia á causa de los vicios de los adeptos; pero en cambio los hay mucho más profundos, que se han confesado vencidos ante el espectáculo de una doctrina tan pura, conservada por manos que distan mucho de serlo constantemente. Únicamente la verdad incorruptible puede escapar libre de toda mancha á la influencia de este contacto.

Y sin embargo, la fé de algunos se estrella contra la infundada objecion deducida de las faltas de los católicos, faltas que son en su sentir doble piedra de escándalo, sobre todo si resultan victimas de las mismas. ¡Cuántos son los blasfemos que han llegado á tales, á consecuencia de una herida de amor propio malicetrizada! Desde el simple aldeano que pone mala cara á la Iglesia para vengarse del cura de su parroquia, hasta el herejearca que abandona el catolicismo en odio á Roma puede verse un fermento de animadversión en muchos de los errores sostenidos obstinadamente. Juzgamos conveniente repetirlo: los enemigos de la verdad le echan frecuentemente en cara el tener por discípulos, cristianos que lo son solo por sentimiento; ¡no podría contestár-

seles que entre sus enemigos existen muchos que únicamente lo son por resentimiento?

La parte que esta pasión ha tomado en las rebeliones del espíritu humano derrama luz vivísima sobre la historia de la negación. Cuando Lutero añadía á sus errores una nueva blasfemia, regocijábase anticipadamente considerando el disgusto que con ello iba á proporcionar al Pontífice, expresándose con este propósito en tales términos que nos es imposible traducirlos: de manera que á haber sido menores sus ódios no habrían sido tan vehementes sus protestas. Si Lamennais, en vez de la bula *Mirari* que le causó vivísimo resentimiento, hubiese recibido el capelo cardenalicio que le prometieran sus discípulos, de seguro no habría llegado al extremo de rechazar los auxilios de la religión en su lecho de muerte. Por último, son muchos los escritores cuya incredulidad solo reviste los caracteres de la obstinación el día en que deben experimentar el fuego de sus adversarios; pues al paso que juzgan siempre legítimo el ataque por su parte, consideran injustas y escandalosas las represalias que provocan. Nuestro siglo ha conocido muchos de ellos que pertenecen á esta categoría y no tenemos inconvenientes en nombrarlos.

Durante mucho tiempo MM. Michelet y Quinet fueron libre-pensadores muy templados (1); mas como quiera que llegaran á sus oídos las muestras de desaprobación procedentes del Colegio de Francia, y los actos de oposición dirigidos á sus obras, transformáronse en enemigos furiosos de la Iglesia, tomando su incredulidad las proporciones de un paroxismo mezclado de alucinación. ¿Merecen más fé hoy que antiguamente? No, porque de seguro están más vivamente apasionados. El cambio que se ha realizado en su espíritu, más bien que un progreso constituye una caída.

Eugenio Sué fué durante muchos años el novelista favorito de la aristocracia: abriéronsele de par en par las puertas de los salones del arabal de Saint-Germain; pintaba sus costumbres; dirigía sus opiniones, y vivía en comunidad de ideas y de hábitos con los duques y los príncipes. Un día embriagado por sus triunfos, se creyó con derecho para aspirar á la mano de una de las más nobles damas de la aristocracia francesa; pero una negativa, le hizo comprender to-

(1) En comprobación de lo que llevamos dicho, léase el Prefacio puesto á la traducción de las Memorias de Luzzo por Michelet.

da la distancia que media entre el hijo de un médico y las herederas de los nombres más ilustres de la nación, distancia que no basta á suprimir la gloria proveniente de una reputación literaria. Juzgándose ofendido en dignidad, el autor de *Matilde* abandonó los salones de la aristocracia para escribir el *Judio errante* y los *Misterios de Paris*, vengándose por medio de una vida entera consagrada á la impiedad demagógica, de las decepciones experimentadas en el terreno monárquico y religioso. De seguro habría Eugenio Sué muerto católico de haber alcanzado la mano de la señorita de Noailles, más de que se le negara semejante distinción, ¡ha de resultar ménos verdadero el catolicismo?

Otro ejemplo de este género de incredulidad nos ofrece también nuestro siglo. Victor Hugo fué en otro tiempo el cantor de nuestros reyes y de nuestras santas tradiciones. Pensionado por la rama mayor de la casa de Borbon, elevado á la dignidad de par de Francia por la rama segunda, miraba con respeto los altares de la fé. Un día el favor público lo llevó á la representación nacional y con este motivo pretendió enlazar las palmas del orador con los lauros del poeta; más como el partido conservador contando con grandes talentos, solo concedía un débil

aprecio á los servicios del diputado novel; como el primer lírico de Francia no se satisfacía con ser el vigésimo órgano político de su partido; y como para sostener su nombradía necesitaba principalmente mover ruido, inclinóse al lado en que le era más fácil conquistar aplausos, y sobre todo aplausos estrepitosos.

Cierto que cuando la oleada revolucionaria le llevó fuera de la patria, Hugo habría podido sustraerse á su influencia por medio de una nueva conversión; mas la corriente era demasiado violenta para que pudiera remontarla. A más de que ¿no era preferible hacer del destierro un pedestal para la nombradía, que vivir en París en una medianía modesta y obscura? Sin contar con que los libros fechados en Gernesev, podían venderse á mejor precio que las ediciones sobre las cuales no hubiese ejercido la policía su vigilancia. Bajo la influencia de tales causas, el poeta llega á los últimos años de su existencia con una depravación de ideas que solo puede compararse á la impudencia de su musa desvergonzada. Ahora bien, ¿quién ha cambiado desde 1820? ¿El catolicismo ó el autor de *Luis XVII* y de *Moisés salvado de las aguas*? Este, y solo este, y como no puede decirse que haya sido en su provecho, creemos tener motivo bastantes

para consignar que le habría quedado más fé, á haber tenido ménos hiel.

No se crea, por lo que acabamos de decir, que pongamos en manera alguna en duda la honradez de todos esos enérgimos de la negacion; hay más, si existe en ello empeño, no tenemos inconveniente en llevar nuestra caridad hasta el extremo de creerles sinceros; sinceros, se entiende, á la manera de los hombres sometidos á la embriaguez, que se equivocan inconscientemente; pero que son responsables de haberse embriagado en virtud de un acto de su voluntad. En vano achacan á causas honrosas sus más descabelladas ideas: la razon pública se apodera del hilo genealógico existente entre sus pasiones y sus opiniones, y como, con razon se ha observado, los desposeidos, los que para nada sirven, hallanse siempre dispuestos para alistarse en las banderas de la rebelion y de la impiedad. Chateaubriand achacaba al *Almanaque de las Musas*, los verdugos más despiadados que tuvo el Terror. Se explica perfectamente teniendo en cuenta que el ateismo lo mismo que el jacobinismo son resultado por punto general, del amor propio profundamente herido.

Algunas veces los sentimientos que conducen á la irreligion, más bien que de renegar, son con-

secuencia de decepciones, y si bien el fenómeno en su esencia es algo distinto, es completamente idéntico en sus resultados. Los que en política han experimentado alguna derrota son ejemplo de ello. El pesar que produce el haber perdido el poder, el enojo resultante de un quietismo forzado, las ingratitudes que se han experimentado, las esperanzas que se han desvanecido, la elevacion de los adversarios, la imagen de un pasado espléndido reflejándose en la realidad de un presente sombrío y monótono, engendran en el alma profunda melancolía, que si no vuelve las almas á Dios, las aleja de él. Los unos se erigen en vengadores de la negacion, los otros, es decir los que acabamos de describir, son sus misántropos. Encuátraseles frecuentemente en las filas de ciertos partidos, que por lo demás tienen muy poco de católicos, y que no perdonan al catolicismo el haber confundido su causa con la de ellos. ¿Qué concepto merece una religion que no ha querido bendecir el estandarte bajo el cual militan, y que se niega á maldecir el de sus enemigos? Toda la razon de su incredulidad encuéntrase en este razonamiento, que como se vé, nada tiene de desinteresado.

Acaso en los dias de crisis se han asociado á medidas ó á responsabilidades impopulares, háse

puesto en su frente un estigma tal vez no del todo merecido, viven bajo el peso de una sospecha, en derredor de ellos se hace el vacío. Oprimidos, impurificados en cierto modo por esos recuerdos inexorables, vénganse de ello por una oposición irreconciliable al orden establecido. Si la cruz fuese un instrumento á propósito para derribar, una máquina semejante á un ariete, en suma, un mecanismo para la destrucción, la adorarían como el *primer árbol de la libertad*; más como precisamente representa todo lo contrario, la odian y execran con todo cuanto se ha conservado merced á ella. Encerrados en ese callejón sin salida, se consultan haciendo todo lo contrario de lo que realizan aquellos por quienes fueron suplantados. Con la mejor voluntad del mundo adorarían á Dios, si fuese en sus contrarios rasgo distintivo no adorarlo. En resumen; por haberse equivocado en política durante algunas horas, déjense arrastrar fatalmente por la corriente de la incredulidad para el resto de su existencia. La sociedad los arroja de su seno, y ellos se salen de la comunión de la Iglesia para protestar de la sociedad.

Cuántos son los que se creen incrédulos, y sin embargo no merecen más que el nombre de descontentos, y cuantos por el contrario los que

dulcificarían su volterianismo si se hallasen en el número de los satisfechos? Un poco más ó un poco menos de bienestar, basta la mayor parte de las veces para que suba ó baje el nivel religioso en los espíritus más firmes.

Además de la venganza y de la misantropía políticas, la negación puede reconocer como causa una afiliación secreta. No permita Dios que disminuya en lo más mínimo los derechos de la patria sobre el corazón del hombre, mas el fanatismo político no debe usurpar en las almas el imperio y el lugar que corresponden á la religión. Hay sin embargo, quien opina que la razón de Estado constituye una necesidad suprema á la cual hasta Dios debe ceder. Llegados á este punto los incrédulos del catolicismo conviértense en visionarios del socialismo: abandonan la Iglesia para inscribirse en los registros de una sociedad secreta, y en hora menguada juran odio eterno á la Iglesia por amor á la república universal.

Compromiso funesto que dominará su existencia, como una especie de pacto hecho con el infierno. Ya se comprende que á la poca profundidad de sus creencias se debe el que lo contrajeran; pero al propio tiempo gracias á haberlo contraído, su incredulidad toma un carácter de

ceguedad irremediable. En virtud de ese juramento fatal han abdicado del derecho de sentirse arrepentidos, su regreso al camino de la virtud seria considerado como una verdadera traicion. ¡Ah! nosotros hemos visto varias víctimas de la palabra empeñada retorciéndose bajo el peso de sus promesas, sin tener valor para cortar las ligaduras que les oprimian. Libres de estas habrian muerto piadosamente como sus predecesores; mas envueltos en las redes de la asociacion masónica, hacen de su agonía una especie de negacion de parada. Mas su secta sabe sacar partido de tales escándalos, efecto más bien de una presion ejercida en las conciencias, que de una impiedad real y libremente profesada. ¿Pero, qué es lo que prueba en contra del catolicismo, que un solidario haya contraido el compromiso de honor de odiarlo?

Lo que acabamos de decir nos recuerda que en política, al lado de ódios sinceros, existen muchos que mirando únicamente á ciertos respetos humanos, alardean de independenciam e chando fieros y bravatas contra Dios y los hombres. Si, á la manera que se ven fanfarrones de los vicios, se encuentran tambien en la vida pública farsante de incredulidad. Arrojadlos por sus antecedentes ó por sus intereses en ciertas corrien-

tes irreligiosas, préstanse gustosos á desempeñar el papel de súbditos, con la esperanza de llegar á mandar un dia, y se hacen los esclavos de su partido, para mejor asegurarse el llegar un dia á jefes. Si, los partidos se parecen á esas máquinas cuyo engranaje arrastra el cuerpo entero, con tal que haya hecho presa en un solo dedo; por consiguiente es inútil que un sectario político quiera reservarse el derecho de asistir á misa por ejemplo, pues si su secta no asiste y tales actos del culto, debe él abstenerse igualmente só pena de ser mirado por los suyos como hombre de poco valer. Tiranía indigna, que sin embargo sufren con resignacion servil. Cationes de diferentes matices, verdaderos Nicodemos de la negacion que se arrodillarian voluntariamente delante de Cristo, si pudiesen visitarle de noche al abrigo de indiscreciones comprometedoras. Difícilmente, áun en el foro interno, convienen en que sean capaces de semejante debilidad, por aquello de que pueden confesarse los vicios, mas no los actos de cobardía; pero no se olvide que en estos nuestros tiempos de libre pensamiento, acaso abundan más en ciertas regiones los hipócritas del mal que los del bien.

Lo que acabamos de escribir no debe consi-

derarse en manera alguna un cuadro imaginario: para convencerse de ello, tómese el lector el trabajo de pensar un momento, y de seguro no han de faltarle nombres que escribir al pié de los retratos. Cuanto más se profundiza en el estudio de la fisiología de la incredulidad, mayor sorpresa causa el descubrir la parte que en las ideas falsas tienen los malos sentimientos.

Cuando los hombres se dividen por las opiniones, fingen citarse en la union para la caridad. Pluguiera á Dios que esa cita fuese dada y recibida sinceramente, que así como el verdadera amor procede de la fé, tambien vuelve á ella. En cambio los que no se inspiran afecto, no sienten necesidad de encontrarse,.... ni siquiera en la Iglesia. Y hé ahí la razon principal de que muchos no pongan los piés en ella.

CAPITULO V.

LA INACCION DE LA FÉ CAUSA FRECUENTE

DE SU MUERTE.

La fé sin actos, ¡es una fé sincera!

Sincera, sí; duradera, nó. La pereza moral, del mismo modo que la voluptuosidad, el orgullo y el ódio, vése castigada por la pérdida de la luz. Fenómeno sobrenatural respecto del cual es facilísimo dar naturales explicaciones.

Entre los incrédulos y los verdaderos cristianos existe una especie de partido medio que representa la abstencion. En el órden político hay abstenciones que sin embargo y ser sensibles todo el mundo está obligado á respetar, por lo mismo que se hallan impulsadas por móviles